

dos, en las cuales se veían de cuando en cuando arroyos de plata reflejando el sol, formados por la salida del agua de las redes. El *Cahsmere* no se hallaba aun á la altura de Saint-Sampson, y habia tendido sus mayores. Estaba entre Herm y Gethou.

Gilliatt dió una vuelta alrededor de la roca, y llegó debajo de la silla Sild-Holm-Ur, al pie de aquella especie de escalera gastada, de la cual no hacia aun tres meses que habia ayudado á bajar á Ebenezer. Él la subió.

La mayor parte de los escalones estaban ya debajo del agua. No quedaban en seco mas que dos ó tres. Gilliatt se encaramó por ellos.

Éran los escalones que conducian á la silla Sild-Hohn-Ur. Gilliatt llegó á la silla; la contempló un momento, se puso la mano en los ojos y la hizo deslizarse lentamente de una á otra ceja, como para borrar el pasado, y despues se sentó en el hueco de la roca, con el escarpe á la espalda y el Océano á sus pies.

En el mismo momento el *Cahmere* se puso á lo largo de la gran torre redonda sumergida, custodiada por un cabo de escuadra y un cañon, que marca en la rada la mitad del camino entre Herm y Saint-Pierre-Port.

Encima de la cabeza de Gilliatt algunas flores se estremecían en las hendiduras de la roca. El agua se veía azul á cuanto podia alcanzar la vista. Soplando el viento del Este, habia poca resaca alrededor de Serk, desde donde no se veía de Guernesey mas que la costa occidental. Francia se distinguía á lo lejos como una bruma, y se per-

cibia igualmente la larga faja amarilla de las arenas de Carteaet. Pasaba con frecuencia alguna mariposa blanca. Gusta á las mariposas pasearse por el mar.

La brisa era muy floja. Todo el azul, lo mismo arriba que abajo, estaba inmóvil. Ningun temblor agitaba aquella especie de serpientes de un azul mas ó menos claro ó mas ó menos oscuro que indican en la superficie del mar las latentes torsiones de los bajíos.

El *Cashmere*, teniendo poco viento, habia, para coger la brisa, izado sus arrastraderas. Navegaba á todo trapo, pero como el viento era de costado, el efecto de las arrastraderas le obligaba á cerrar de muy cerca la costa de Guernesey. Habia ya traspasado la baliza de Saint-Sampson, y alcanzaba la colina del castillo del Valle. Estaba próximo á doblar la punta del Bu de la Calle.

Gilliatt le veía venir.

El aire y el agua estaban como adormecidos. La marea no se hacia por oleadas, sino por hinchazon. El nivel del agua se levantaba sin palpitations. El rumor de alta mar era tan débil que parecia el soplo de un niño.

En la direccion del ancon de Saint-Sampson se oían golpecitos sordos que eran martillazos. Procedían probablemente de los carpinteros que levantaban las cabrias para sacar la máquina de la panza. El eco de los martillazos llegaba difícilmente á Gilliatt, por la mole de granito en que se hallaba como embutido.

El *Cashmere* se acercaba con una lentitud fantástica. Gilliatt esperaba.

De pronto una sensacion de frio le hizo mirar hácia abajo. El agua le tocaba los pies.

Bajó los ojos y los volvió á levantar.

El *Cashmere* estaba muy cerca.

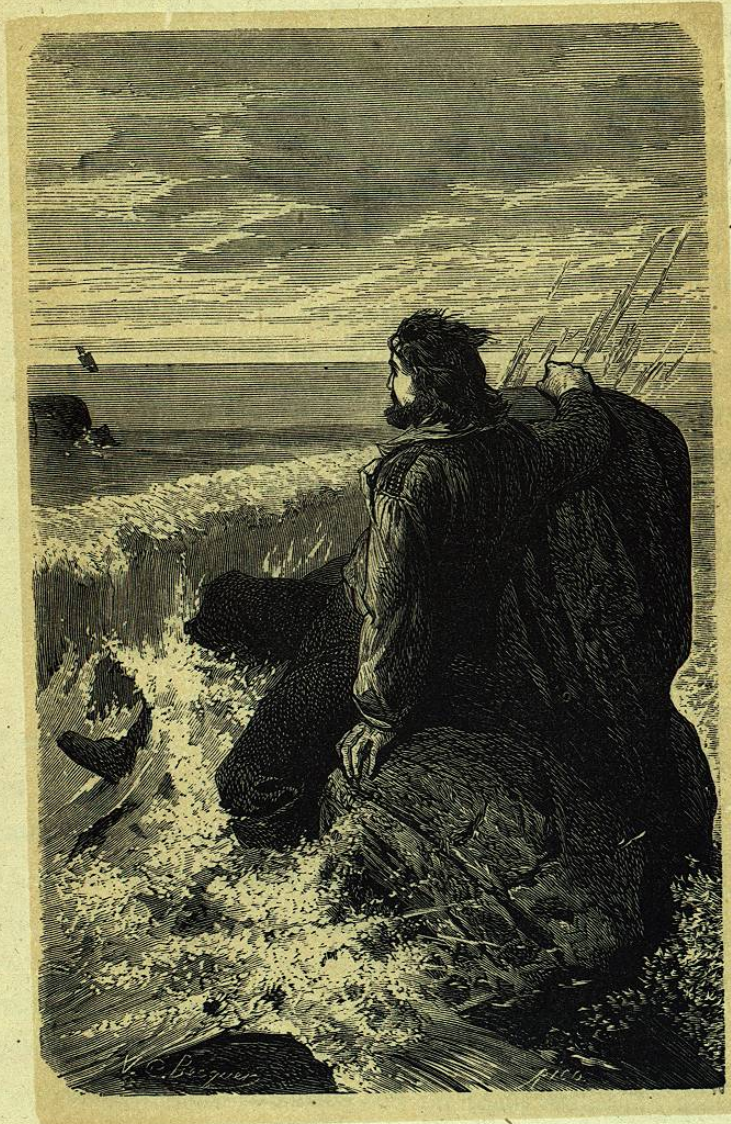
El acantilado en que las lluvias habian construido la silla Sild-Hohm-Ur era tan vertical, y habia allí tanta agua, que en tiempos de calma los buques podian sin peligro pasar á muy pocas brazas de las rocas.

El *Cashmere* llegó. Apareció y se levantó. Parecia que crecia en el agua. Fue como el engrandecimiento de una sombra. El aparejo se destacó negro en el cielo, apenas movido por el magnífico balanceo del mar. Las largas velas, momentáneamente sobrepuestas al sol, se volvieron casi de color de rosa y adquirieron una transparencia inefable. Las olas tenian un murmullo indistinto. Ningun ruido turbaba la magestuosa marcha de aquella silueta. Desde tierra se veia la cubierta como si se estuviese en ella.

El *Cashmere* pasó rozando casi con la roca.

El timonel se hallaba junto á la bitácora; un grumete trepaba por los obenques; algunos pasajeros, apoyándose en la borda, admiraban la serenidad del tiempo; el capitán fumaba. Pero nada de eso veia Gilliatt.

Habia en la cubierta un punto bañado por el sol. Allí era donde él miraba. Allí estaban, inundados de luz, Ebenezer y Deruchette, sentado él junto á ella. Se acurrucaban graciosamente al lado uno de otro, como dos pájaros que se vivifican al calor de un mismo rayo de sol, en uno de aquellos bancos cubiertos con un toldo embreado que



MUERTE DE GILLIATT.

los buques bien dispuestos ofrecen á los viajeros, y en que se lee, cuando es un buque inglés: «Forladies only.» Deruchette apoyaba la cabeza en el hombro de Ebenezer, y el brazo de éste ceñía la cintura de Deruchette; estaban asidos de las manos entrecruzándose sus dedos. Las diferencias de un ángel á otro eran perceptibles en aquellas dos esquisitas figuras formadas de inocencia. Una de ellas era mas virginal. La otra mas ideal. Sus castos abrazos eran expresivos. Todo el himeneo estaba allí, y todo el pudor tambien. El banco en que estaban sentados era ya una alcoba y casi un nido. Al mismo tiempo era una gloria, la dulce gloria del amor huyendo en una nube.

Era celestial el silencio.

Los ojos de Ebenezer contemplaban; los labios de Deruchette se movian, y en medio del silencio, como el viento soplaba hácia el lado de tierra, en el instante rapido de pasar el buque á algunas brazas de la silla Gild-Holm-Ur, Gilliatt oyó la voz tierna y delicada de Deruchette que decia:

—Mira, mira. Parece que hay un hombre en la roca.

La aparicion pasó.

El *Cashmere* dejó tras sí la punta del Bu de la Calle y se escondió en el profundo pliegue de las olas. En menos de un cuarto de hora, su arboladura y sus velas no formaron en el mar mas que una especie de obelisco blanco que decrecia en el horizonte. Gilliatt tenia agua hasta las rodillas.

Miraba alejarse el buque.

En alta mar refrescó la brisa, y él pudo ver al *Cashmere* izar sus correderas y foques para aprovechar el viento. El *Cashmere* estaba ya fuera de las aguas de Guernesey. Gilliatt no apartaba de él sus miradas.

El agua le llegaba á la cintura.

La marea subía. El tiempo pasaba. Las paviotas y cuervos marinos volaban á su alrededor inquietos. Hubiérase dicho que querían indicarle el peligro. Tal vez en aquellas bandadas de aves acuáticas había alguna paviota venida de los Douvres que le reconoció.

Trascurrió una hora.

El viento de alta mar no se dejaba sentir en la rada, pero la disminución del *Cashmere* era rápida. Según todas las apariencias, el buque navegaba con toda su velocidad. Llegaba ya casi á la altura de los Casquets.

No había espuma alrededor de la roca Gild-Holm-Ur, pues ninguna ola azotaba el granito. El agua se hinchaba pacíficamente. Alcanzaba ya casi los hombros de Gilliatt.

El *Cashmere* estaba ya más allá de las aguas de Aurigny. La roca Ortach le ocultó un momento, y él entró en la ocultación de la roca, y volvió á salir de ella como de un eclipse. El buque huía al Norte. Llegó á alta mar y bien pronto no fue más que un punto que, iluminado por el sol, centelleaba como una luz.

Las aves marítimas se cernían gritando alrededor de Gilliatt, del cual no se veía ya más que la cabeza.

El mar subía con una apacibilidad siniestra.

Gilliatt, inmóvil, veía desvanecerse el *Cashmere*.

El flujo estaba casi en su plenitud: Se acercaba la noche. Detrás de Gilliatt, en la rada, había algunas barcas pescadoras que regresaban.

La mirada de Gilliatt, asida al lejano buque, permanecía inmóvil.

Era una mirada fija que no se parecía á nada de lo que se puede ver en la tierra. En aquella pupila trágica y calmada había algo que no puede espresarse. Era una mirada que contenía toda la cantidad de sosiego que deja el sueño no realizado; era la aceptación lúgubre del cumplimiento de otro destino desconocido. La fuga de una estrella debe estar seguida de miradas análogas. Por momentos la oscuridad del cielo se formaba debajo de aquellas cejas, en aquellos ojos cuyo rayo visual permanecía fijo en un punto del espacio. Al mismo tiempo que subía el agua infinita alrededor de la roca Gild-Holm-Ur, la inmensa tranquilidad de la sombra subía á los profundos ojos de Gilliatt.

El *Cashmere*, ya imperceptible, era no más que una mancha mezclada con la bruma. Era preciso para distinguirle saber dónde estaba.

Poco á poco aquella mancha, que no era ya una forma, palideció. Después se redujo á su menor expresión.

Después se disipó.

En el instante de desaparecer el buque en el horizonte, la cabeza desapareció debajo del agua. No quedó ya más que el mar,

FIN.